

VII

«Después de la victoria del 18 de junio, escribió Todleben, los defensores de Sebastopol se penetraron de la convicción de que la ciudad no caería nunca en poder del enemigo (1).»

Exacta quizá en aquel día, tal impresión había dejado de serlo pocos días después, cuando hubo decaído la febril excitación de la victoria. Después de un sitio de cerca de nueve meses, quedaba agotada la defensa por sus propios sacrificios. La guarnición, aunque muy numerosa todavía, era muy mermada por el fuego y las enfermedades: muchos batallones quedaban reducidos á dos ó trescientos hombres; ciertos regimientos no formaban ya más que dos batallones: el de Maurom, destruido el 7 de junio en el ataque de las Fortificaciones Blancas, no tenía más que uno (2). Los valientes marinos, que después de la voluntaria inmersión de la escuadra habían sido destinados al servicio de la artillería, se hallaban tan reducidos que, en muchos puntos, el servicio de las piezas estaba confiado á auxiliares prestados por la infantería. Los jefes intrépidos, á quienes el ejército seguía con entusiasmo, desaparecían uno tras otro. Hacía tiempo que Khornilof, el héroe de los primeros días, descansaba bajo las bóvedas de San Vladimiro. El 19 de marzo, Istomine había sido muerto por una bala de cañón. El 20 de junio se supo que Todleben había sido herido: el rumor de su muerte cundió por Europa y llegó á nuestros campamentos. El ilustre ingeniero no había sucumbido, pero su herida le alejaba de los muros y le impedía vigilar la ejecución de sus órdenes ó modificarlas sobre el terreno, según las circunstancias; de aquí algún desorden en la defensa hasta entonces tan bien dirigida. Un duelo más grande que todos los demás amenazaba á los sitiados. El 10 de julio, Nakhimof, después de haber recorrido el recinto amurallado de Karabelnaia, había llegado al anochecer á Malakof. Encaramado en la banqueta de una batería, observaba á descubierto los trabajos del enemigo, cuando una bala le hirió en la cabeza. Cayó desplomado al suelo y expiró dos días después sin haber recobrado el conocimiento. Nakhimof, enérgico y austero, valeroso y modesto, era á los ojos de sus compatriotas el tipo perfecto de todas las virtudes militares. Con un respeto religioso, mezclado con una profunda pena, los marinos desfilaron ante el cadáver de su jefe, y, según la costumbre rusa, le besaron la mano antes de que desapareciera en el féretro. Fué depositado al lado de Khornilof y de Istomine, en el sitio mismo en que, previendo su muerte, había marcado su puesto.

La prolongación de la lucha agotaba poco á poco los efectivos disponibles. El gobierno ruso no podía desguarnecer del todo sus inmensos territorios ni dejar sin defensa todos los puntos vulnerables de sus fronteras. El ejército de auxilio era considerable, pero nada podía contra un enemigo formidablemente atrincherado. Para nuestros adversarios, aún más que para nosotros mismos, Crimea era el abismo que lo tragaba todo sin devolver nada. Pareciendo insuficientes los re-

gimientos del ejército regular, fueron expedidos para Sebastopol varios batallones de reserva y cohortes de milicias. Mal acostumbrados á las fatigas, estos batallones iban dejando enfermos y estropeados de los pies á lo largo de los caminos interminables del país. Cuando, después de innumerables etapas, llegaban finalmente al suelo de Crimea, se cruzaban á veces con hileras de carruajes ó *arabas* tártaras de los cuales se escapaban gemidos: eran convoyes de heridos ó enfermos que se encaminaban hacia el interior, y este lúgubre espectáculo era lo primero que les sorprendía. El ruido cada vez más distinto del cañón les anunciaba el término del viaje; luego oían el tañido de las campanas que anunciaban, no fiestas, sino funerales. Por fin entraban en la ciudad. Casas derruidas indicaban los estragos del bombardeo; los incendios ocasionados por nuestros proyectiles habían creado ruinas que nadie cuidaba de reparar; cruzaban barcas por la bahía conduciendo cadáveres hacia la orilla septentrional, donde se hallaban los cementerios ensanchados. Esa era la brillante Sebastopol que la tradición moscovita les había enseñado á venerar como una ciudad santa, Sebastopol que resistía aún por un milagro de patriotismo, pero que ya se llenaba de tristes y confusas imágenes de su inevitable destino.

En aquel supremo período todo causaba ansiedad. Ora la prolongación del sitio hacía temer que, á pesar de las inmensas provisiones de los arsenales, faltasen municiones; ora la tardanza de los convoyes ocasionaba una pasajera escasez de víveres. Las enfermedades, que hacían estragos en nuestras filas, no respetaban á nuestros enemigos: durante el verano de 1855 el cólera ocasionó 3.500 defunciones (3). El mayor de los cuidados era el que causaban los enfermos. La administración era tan imprevisora como activo se mostraba el mando militar; desde luego faltaron médicos, y se apeló á cirujanos extranjeros ó á estudiantes de las Universidades, jóvenes que aún no habían completado sus estudios y cuyas fuerzas eran á menudo demasiado escasas para tan ruda tarea. No era menor la penuria de enfermeros. A iniciativa de la gran duquesa Elena, se organizó una comunidad de Hermanas hospitalarias; se hizo luego un llamamiento á las abnegaciones voluntarias; los convalecientes fueron organizados en secciones y hasta los presos de las cárceles fueron utilizados. Sin embargo, estos recursos resultaban insuficientes, cuando después de una salida nocturna ó de un día de bombardeo las víctimas de la lucha cubrían los glacis ó se amontonaban en los baluartes. Los sitios antes consagrados al placer ó al lujo se convirtieron en abrigos del sufrimiento: la ambulancia principal se estableció al principio en el *Club de la nobleza*. Los operados eran transportados á la batería Nicolás, situada á un extremo de la población, á orillas de la bahía grande. De allí, unos eran trasladados hacia la costa Norte, y los otros dirigidos hacia los hospitales del interior; pero aquellos viajes á través de caminos fangosos ó polvorientos eran aún más penosos para los heridos moscovitas, que no lo era para los nuestros la dura travesía del mar Negro. El desarrollo de las operaciones hacia Karabelnaia ha-

(1) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, primera parte, página 383.

(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 55.

(3) Doctor, Hubbeneth profesor de la Universidad de Kiew, *Service sanitaire des hôpitaux russes pendant la guerre de Crimée*, página 93.

bía obligado pronto á aumentar los recursos hospitalarios: al extremo septentrional del arrabal, la batería Pablo fué habilitada para los heridos de Malakof ó de la Estrella: más tarde, una ambulancia más considerable fué establecida al Norte, en la batería Miguel. Con ser tan tristes aquellos asilos del dolor, los había aún más terribles, como al principio del sitio las casas de Gonstchine y de Orlowsky, y más tarde el palacio Catalina. En estos puntos eran depositados los heridos sin esperanza: el que pasaba aquellos umbrales no podía ignorar que su suerte estaba decidida: las mismas religiosas no afrontaban sin aprensión las tristezas de aquel ministerio sin consuelo. «A esas ambulancias, decían los generales moscovitas, debieran ser conducidos los que á la ligera suscitan las guerras.» Allí se exhalaban á veces quejas desgarradoras; pero generalmente reinaba un lúgubre silencio, ya porque la resignación religiosa de los rusos les hiciese soportarlo todo, ya porque, agotadas sus fuerzas por tan largas penalidades, se dejasen caer silenciosamente en la muerte.

Mientras los sitiados conservaron sus posiciones avanzadas, los incendios fueron raros. Cuando, á consecuencia de la destrucción de sus contraaproxos, se hallaron encerrados en el recinto amurallado, nuestro fuego causó frecuentes y terribles estragos en Karabelnaia, y luego en la ciudad propiamente dicha. Un día en que los médicos curaban á Todleben, estalló una bomba en su propia casa (1). Tuvieron que evacuar los barrios más expuestos y refugiarse hacia la bahía grande. En las baterías Nicolás y Pablo, ya habilitadas para ambulancias, fueron centralizados todos los servicios administrativos. Allí se establecieron los Estados mayores y las cancillerías; allí se instalaron los alojamientos de las Hermanas de la Caridad y de los médicos; allí se trasladaron algunas tiendas y algunas fondas que permanecían abiertas; el resto de los cuarteles y de las casamatas fué entregado á los soldados que vivían allí á montones, pero que siquiera encontraban un abrigo más ó menos seguro en los intervalos de sus penosos trabajos. A pesar del peligro, las mujeres de los marinos que, con sus hijos, componían toda la población civil, se habían obstinado en no abandonar sus casas. Fué preciso que una orden les obligase á salir de la ciudad. Partieron, pero fué para volver en seguida. Se las alejó de nuevo. Entonces, no pudiendo volver por segunda vez y no queriendo separarse enteramente de sus maridos, hijos ó hermanos, construyeron delante de Sebastopol, en las alturas de la margen derecha del Tchernaiá, algunos barracones de tablas en que se instalaron; á estos barracones se unieron otras chozas, y así se fué formando un verdadero pueblo que se extendió al lado de la plaza sitiada, como Kamiesch junto á los vivaques aliados (2).

A pesar de tantos sufrimientos, la valiente Sebastopol ocultaba sus miserias, hasta el punto de que sus enemigos y la Europa entera las ignoraban. Desde fuera aparecía con sus muros apenas deteriorados y ya reparados, con sus cañones que vomitaban la muerte, con sus defensores que no conocían el desaliento. Los rusos seguían fortificando Malakof y construían atrinche-

ramientos interiores en el arrabal, como para prolongar la lucha si Malakof sucumbía. Sin embargo, á fines de julio, un indicio pareció revelar la preocupación de una retirada. Desde los puntos elevados que dominaban la entrada de la rada, se divisaron trozos de un inmenso trabajo en el cual estaban ocupados muchos brazos y que se proseguía con extraordinaria actividad. Era un puente flotante que, poniendo en comunicación la batería Nicolás con la batería Miguel, uniría entre sí las dos orillas de la bahía grande y la parte del Norte con la parte del Sur (3). Aquel difícil proyecto ¿se ejecutaba de un modo tan activo únicamente para las necesidades de la lucha? ¿No era más bien para facilitar la evacuación de la plaza en el caso extremo del abandono de Sebastopol? Después de tantos esfuerzos de una energía indomable, aquella empresa pareció á los ojos de muchos el primer indicio de una voluntad que cedía.

VIII

En San Petersburgo se sublevaban contra la idea de una derrota definitiva, y, á pesar de tantos indicios contrarios, se deseaba que las armas moscovitas probasen fortuna otra vez. Del ministerio de la Guerra llegaban para Gortchakof (4) comunicaciones muy parecidas á las que de las Tullerías habían llegado para Pelissier. En la capital rusa como en París se preconizaban las operaciones á larga distancia; se repetía que una defensa que costaba diariamente 250 hombres no había de tardar en ser más mortífera que la batalla más sangrienta; se añadía que, aparte de la guarnición de Sebastopol, el ejército de auxilio ascendía á noventa mil hombres, y que semejante fuerza no podía permanecer inmóvil hasta el fin. Gortchakof, como Pelissier, rechazaba aquellos planes, que consideraba temerarios y peligrosos. En esto se apoyaba en la autoridad de Todleben. «En las alturas de Mackenzie, decía con el precursor ingeniero, el ejército ruso ocupa una posición inatacable; pero en la meseta de Quersoneso los aliados no son menos inexpugnables; el primero que abandone estas posiciones y vaya al encuentro del enemigo será vencido; la lucha en este momento se halla necesariamente circunscrita al pie de los muros de Sebastopol.» Pelissier hablaba en términos parecidos. A juzgar por los despachos que se publicaron más tarde, el príncipe Gortchakof mostraba en sus convicciones más energía que el comandante en jefe francés. «Sería simplemente una locura, escribía en 17 de julio al ministro de la Guerra, el tomar la ofensiva contra un enemigo superior en número y atrincherado en una posición inabordable. Si yo lo hubiese hecho, me encontraría actualmente entre el Dniéper y Perekop (5).»

Alejandro II, como Napoleón III, tenían sus *missi dominici* encargados de observarlo todo y de darle cuenta de todo lo que vieran. Uno de los mensajeros imperiales más importantes fué su ayudante el general Wrewsky. Llegó á Crimea á fines de junio, y clamó en seguida contra la actitud pasiva del ejército, y como

(3) Este puente fué terminado el 27 de agosto.

(4) El príncipe Miguel Gortchakof había reemplazado en el mes de marzo al príncipe Menchikof en el mando superior.

(5) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 61.

hubiera podido hacerlo en el campamento francés cualquier ayudante de Napoleón III, insistió para que la guerra fuese transportada á campo raso. Como este plan, sostenido con ardor, suscitó muchos pareceres favorables ó contrarios, celebróse un consejo de guerra el día 9 de agosto. Cada miembro del consejo tenía que presentar su idea por escrito, sin perjuicio de explicarla luego. Varias de las opiniones emitidas muestran cuán precaria era, considerada entonces, la suerte de la ciudad. En una nota confidencial, el gobernador de la plaza, conde Osten-Sacken, se expresaba en los siguientes términos: «Con el corazón lleno de una profunda aflicción y de un dolor agudo, debo afirmar bajo mi palabra de honor que el único medio de salvación que nos queda es evacuar la parte Sur de Sebastopol (1).» Cierto es que este parecer no fué discutido. Fuese por pundonor militar, fuese por la suprema esperanza de alguna fortuna inesperada, resolvióse una próxima y grande acción. A su pesar, Gortchakof aceptó este proyecto, tan diferente de sus miras reales. Pocos días después, en una visita á Todleben, que sufría aún de su herida y había sido transportado á orillas del Belbek, éste no vaciló en condenar semejante empresa. Un ataque del exterior contra las posiciones aliadas no podía conducir, en su concepto, sino á una derrota; sólo una cosa, añadía, podía salvar á Sebastopol, y era una salida general por la parte del Carenaje, y aun era necesario que los preparativos pudiesen ocultarse hasta el fin al enemigo (2). Tan categórica desaprobación aumentó las aprensiones de Gortchakof. «Me encuentro, decía, entre *lo malo y lo peor*.» Y presa del desaliento, tomó sus disposiciones de combate.

Según el proyecto acordado por los jefes moscovitas, el ejército enemigo tenía que bajar de las alturas de Mackenzie hasta el Tchernaiá, y pasar el río por el vado ó por uno de los dos puentes que lo cruzaban. El principal de estos dos puentes, llamado *Puente de Traktir*, dió más tarde su nombre á la batalla. Pasado el río, los batallones rusos subirían á los montes Hasfort y Fedioukhine, que dominan la orilla izquierda, desalojarían de allí á las tropas aliadas y las rechazarían hasta el monte Sapune. Tal era, en resumen, el plan del príncipe Gortchakof. Consistía en desalojar al sitiador de todos sus campamentos exteriores, acorralarlo en la meseta de Quersoneso y tenerlo en ella como prisionero. Contra este plan, las objeciones eran tan fuertes que se imponían naturalmente al espíritu. Aun en caso de llevar ventaja, los rusos, expuestos al fuego de la artillería del monte Sapune, no hubiera podido conservar el terreno conquistado. Pero todo hacía que el éxito fuese inverosímil. El monte Hasfort se hallaba guardado por 9.000 piamonteses que tenían sus puestos avanzados en la orilla opuesta del río. Los montes Fedioukhine estaban ocupados ó vigilados por tres divisiones francesas, las divisiones Camou, Fauchaux y Herbillón, formando un efectivo de 18.000 hombres. Estas posiciones, muy fuertes en sí, se hallaban protegidas, no sólo por el Tchernaiá, sino que también por un canal que corría paralelamente al río, sin ser vadeable en ningún punto. Los aliados estaban seguros de encontrar

(1) Todleben, *Apéndice*, pág. 19.

(2) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 73.

refuerzos en todas partes; al Este de Balaklava había 10.000 turcos acampados: en el alto valle de Baïdar vivaqueaba la división de caballería de Allonville; en torno de los montes Fedioukhine se hallaba instalado el general Morris, con sus cazadores de Africa; finalmente, las tropas destacadas del cuerpo de sitio podían aportar en poco tiempo un auxilio decisivo. Gortchakof no ignoraba nada de todo esto. «No hay que hacerse ilusiones, escribía en 15 de agosto al ministro de la Guerra, abordo al enemigo en condiciones detestables (3).»

Los acontecimientos confirmaron estas tristes previsiones. En la noche del 15 al 16, el ejército ruso abandonó sus campamentos y bajó al valle. Iba dividido en dos cuerpos, uno á las órdenes del general Read y el otro mandado por el general Liprandi, y sumaba, con sus reservas, un efectivo de cerca de 60.000 hombres. Una neblina espesa, que los primeros rayos del día tardaron en disipar, favoreció la marcha de las columnas. A la izquierda, el cuerpo de Liprandi alcanzó las avanzadas piamontesas, las empujó de atrincheramiento en atrincheramiento y las hizo retroceder hacia el Tchernaiá; á la derecha, el general Read ganó el puente de Traktir más allá del cual se alzaban en las alturas los vivaques franceses. En este último punto se concentró toda la lucha, pues la ofensiva contra el monte Hasfort fué pronto abandonada. Salvo algunas acciones secundarias, la batalla se reduce á una serie de ataques furiosos de los rusos contra los montes Fedioukhine. La 12.^a división es la primera que vadea el Tchernaiá, pasa el canal por medio de puentes volantes y se lanza por ambos lados de la carretera de Balaklava á Mackenzie; ya va á llegar á la cumbre de los montes, ya casi toca á los campamentos franceses, cuando la división Fauchaux, sostenida por tres batallones de la división Camou, la rechaza con vigoroso ímpetu, haciéndola retroceder de posición en posición hasta el río. Lo que no han podido hacer los regimientos de Odesa, de Azof y de Ucrania, la 5.^a división trata de realizarlo; pero esta segunda tentativa fracasa como la primera: después de haber ganado parte de las alturas, las columnas rusas son batidas y retroceden bajo el fuego de la artillería que causa terribles estragos entre ellas. Al mismo tiempo, la 17.^a división intenta un tercer ataque; desemboca en el valle que separa las posiciones francesas de las posiciones sardas, sube las vertientes orientales de los montes Fedioukhine y casi llega á la cumbre; pero es acometida por dos brigadas, una de la división Herbillón y otra de la división Fauchaux; es tenida en jaque á la izquierda por los sardos; de todas partes llegan refuerzos á los aliados, y otra vez la fortuna es adversa á las armas rusas. A las ocho, los franceses habían vuelto á tomar definitivamente el puente de Traktir, y el enemigo, abandonando la orilla izquierda cubierta de muertos rusos, rehacía á duras penas sus filas en los repliegues del terreno en la orilla opuesta del Tchernaiá.

Sólo una esperanza les quedaba á los rusos, y era que sus adversarios, ansiosos de completar la victoria, bajasen de sus campamentos y en masa pasasen el río. En una batalla campal, los aliados perderían el beneficio de su excelente posición, mientras que los rusos volve-

(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 79.

(1) Hubbeneth, *Servicio sanitario*, pág. 133.

(2) Hubbeneth, *Service sanitaire*, págs. 135-138 y *passim*.

rían á tener la ventaja de su número algo superior al de sus adversarios. Pelissier, que había llegado al teatro del combate, se guardó bien de cometer semejante falta. Gortchakof esperó en vano esta ocasión de tomar la revancha, mientras por ambas partes continuaba el cañoneo. Cerca de las dos, el general en jefe ruso mandó por último tocar retirada, y el ejército enemigo desapareció hacia las alturas de Mackenzie.

La batalla tuvo al día siguiente su fúnebre epílogo. Concluyóse una suspensión de armas para enterrar á los muertos. En este combate del 16 de agosto, los rusos, según confesión propia, tuvieron 8.000 hombres fuera de combate, entre muertos, heridos y prisioneros: de sus generales resultaron tres muertos y ocho heridos (1). Las pérdidas de los aliados no fueron tan grandes: los franceses tuvieron 1.551 bajas entre muertos y heridos (2), y los sardos, 28 muertos y unos 160 heridos. Jamás se vieron resultados menos proporcionados á la abundancia de la sangre derramada. La victoria de los aliados no adelantó mucho la caída de Sebastopol; y su derrota, de ser posible, no hubiera salvado á la desdichada ciudad destinada á sucumbir.

Esta jornada no fué, sin embargo, estéril para todo el mundo. Llegados á Crimea en abril, considerados desde luego, más que como tropas independientes, como auxiliares de Inglaterra, los sardos, acampados en el monte Hasfort, habían luchado hasta entonces contra el cólera y no contra el enemigo. En la batalla de Traktir recibieron al lado de las tropas francesas el bautismo del fuego y con su enérgica sangre fría conquistaron dignamente su puesto al lado de sus aliados. Los piamonteses fueron los verdaderamente beneficiados de la jornada del 16 de agosto; comprendieronlo así, y lo divulgaron por Europa á fin de que nadie ignorase su valor y sobre todo sus títulos á la gratitud de sus compañeros de armas. Cuando los partes de las bajas llegaron á Turín, la mayoría se afligieron; pero los más listos se alegraron de un sacrificio tan oportuno y, en suma, no muy grande. «Con esta sangre, decían, se forma Italia.»

IX

«Si—como no espero mucho—la fortuna me favorece, procuraré sacar partido de nuestras victorias; en el caso contrario, habrá que resignarse á la voluntad de Dios.» Así se expresaba Gortchakof en el momento de librar la batalla de Traktir (3).

Esta voluntad divina que los rusos aceptaban con tan viril resignación, se esforzaban aún en prevenirla ó al menos en retrasarla. Estrechados cada vez más por el enemigo, perfeccionaban con paciencia sus atrinchamientos interiores. Llegada la noche, algunos intrépidos voluntarios se deslizaban fuera de las murallas, tratando de sorprender á los sitiadores y de interrumpir la construcción de sus caminos cubiertos. Algunos golpes afortunados reconfortaron los ánimos: durante del 28 al 29 de agosto, una bomba lanzada desde la Estrella Grande incendió los dos almacenes de pólvora de la

(1) Todleben, tomo II, segunda parte, pág. 134.
(2) Parte del general Pelissier (*Monitor* del 29 de agosto de 1855).
(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 80.

Colina Verde y provocó una explosión que causó más de 140 víctimas entre muertos y heridos; al día siguiente, estalló un depósito de bombas en las posiciones inglesas; el 31 de agosto, voló otro depósito de proyectiles en la bahía del Carenaje. En aquel período supremo, el trabajo de las minas era el principal cuidado de los rusos, y á él se aplicaban con ardor, estimulados por Todleben. El ilustre jefe de ingenieros, que se reponía lentamente de su herida, se hallaba aún en la ambulancia de Belbek, desde donde multiplicaba sus instrucciones; pero no siempre eran ejecutadas al pie de la letra, ya porque las órdenes dadas de lejos fuesen difíciles de cumplir, ya porque la fuerza misma de las cosas impidiera su estricta ejecución.

Es que, á pesar de su valiente obstinación, los sitiados se sentían cada vez más débiles. Después de haber empleado toda la noche en reparar sus cañoneras ó sus polvorines, algunos cañonazos bastaban para destruir todo su paciente trabajo. Pronto les faltaron materiales para aquellas reparaciones, y, en cambio, cada mañana notaban un nuevo progreso de los sitiadores; en vano, á la salida del sol, apuntaban sus cañones contra las obras avanzadas de los zapadores; raramente llegaban á destruirlas. En cambio sufrían enormes pérdidas. Del 17 al 21 de agosto, época en que los aliados activaron su fuego, los rusos tuvieron cerca de mil bajas diarias, entre muertos y heridos. Los sitiados designaban ciertas fortificaciones avanzadas con nombres que revelaban sus terrores y sus iras: así es que á la Estrella Pequeña la llamaban *el baluarte del Infierno, el bastión de la Carnicería, el Batón* (4). En peligro tan extremo, lo único que les sostenía era la presencia de los jefes que á todos daban el ejemplo del desprecio de la muerte. Un día en que arreciaba el bombardeo, se vió á Gortchakof recorrer lentamente las murallas, acercarse á los soldados de línea y á los artilleros, darles las gracias en nombre del zar y arrancar todavía algunas aclamaciones á aquellos corazones llenos de abnegación y de fidelidad. Sin embargo, él no abrigaba ninguna de las ilusiones que procuraba mantener en los demás. «No hay nadie que no califique de locura la idea de prolongar la defensa,» escribía el 24 de agosto al ministro de la Guerra. A fines del mismo mes tuvo el pensamiento de abandonar la parte Sur de Sebastopol y consultó á Todleben sobre este proyecto; pero después cambió de parecer. «Estoy resuelto, escribió el 1.º de septiembre, á continuar defendiendo á toda costa la parte Sur todo el tiempo posible, pues es la única salida honrosa que nos queda (5).

Entre los aliados, las disposiciones eran muy distintas. Ya nadie se acordaba de la derrota del 18 de junio. La victoria de Traktir, la relación de los sufrimientos rusos que llegaba hasta nuestros vivaques, el mejoramiento del estado sanitario, la hermosura de la estación, la continua llegada de refuerzos, todo contribuía á levantar los ánimos. A fines de agosto, el adelanto de los trabajos de ingeniería y el desarrollo extraordinario de nuestra artillería fortalecieron la confianza al extremo de convertirla en alegre certeza. La construcción de caminos cubiertos continuaba á través de los glacia; los

(4) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 155.
(5) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 165.

parapetos eran reforzados, y las plazas de armas, destinadas á ser el punto de partida de las columnas de ataque, estaban preparadas. El 1.º de septiembre sólo 25 metros nos separaban de Malakof, 40 de la Estrella Pequeña, 50 del bastión del Asta y 70 del baluarte Central (1). Sitiadores y sitiados casi se tocaban: hubieran podido hablarse, y en los intervalos de silencio se mezclaba y confundía el ruido de sus picos y azadas. Los ingleses se hallaban todavía á 200 metros de la Estrella Grande; pero, según decían, la naturaleza roqueña del suelo no les permitía avanzar más sus caminos cubiertos. Hasta, á juicio de las personas á quienes más había asustado el fracaso del 18 de junio, parecía haber llegado el momento del gran asalto. Diferirlo sería aumentar el número de las bajas, sería sobre todo dar á los rusos el tiempo de completar sus trabajos de mina. Esta última consideración no dejaba de ser importante, no sólo porque el peligro era real, sino porque aquel peligro misterioso impresionaba mucho la imaginación de los soldados; éstos, en sus conversaciones bajo las tiendas, se preocupaban de las explosiones subterráneas que seguirían á la toma de la plaza, y su alma, aguerriada contra todos los obstáculos visibles, se turbaba á la idea de aquellos siniestros artificios que serían la última venganza de los rusos desesperados.

El 3 de septiembre celebróse un consejo de guerra que revistió singular solemnidad. Pelissier, que después de su derrota se había vuelto muy prudente, hubiera querido aplazar aún más el asalto. Se anunciaba la próxima llegada de 400 morteros, y el general en jefe deseaba diferir el ataque decisivo hasta el desembarco de estas nuevas piezas. La opinión unánime se pronunció contra toda dilación. Resolvióse que el bombardeo empezaría el 5 de septiembre y que el 8 al mediodía se daría el asalto. La acción no se anunciaría, como el 7 y el 18 de junio, por medio de cohetes ni ninguna otra señal visible, sino que los relojes serían puestos en hora en el cuartel general á fin de asegurar para el instante convenido la más precisa ejecución. A las doce en punto las columnas de ataque habían de lanzarse contra Malakof y la Estrella Pequeña; tan pronto como ondease la bandera francesa sobre Malakof, los ingleses abordarían la Estrella Grande, al mismo tiempo que por la parte de la ciudad se daría el asalto al baluarte Central y al bastión del Asta. La acción, por consiguiente, había de ser general, abarcando el arrabal y la ciudad, á excepción del baluarte de la Cuarentena: sin embargo, no se extendería á toda la línea, como nuestras tropas no diesen al conjunto de las operaciones una primera probabilidad de éxito con la toma de Malakof. Para dirigir el ataque de esta fortaleza, el general en jefe eligió un oficial general, joven todavía, valiente entre los valientes, recién llegado de Africa y destinado á recoger los más hermosos laureles de aquella guerra cuyas largas angustias y crueles sufrimientos no había conocido; éste era el general Mac Mahón.

Los tres últimos días del sitio siguen todavía grabados con indelebles rasgos en la memoria de los rusos. El 5 de septiembre, desde que amaneció, 814 piezas de artillería francesas é inglesas (2) aplastaron bajo una

(1) *Journal des opérations du génie*, pág. 416.—*Journal de l'artillerie*, págs. 403 y 404.
(2) *Journal des opérations du génie*, pág. 422.

verdadera lluvia de metralla á la desdichada ciudad. El fuego ora se extendía á toda la línea, ora cesaba delante de la ciudad, para redoblar delante de Karabelnaia: en otros momentos disminuía delante del arrabal para reanudarse á la izquierda con todo su vigor. Según escribió el príncipe Gortchakof en sus partes, aquello era un *bombardeo infernal*. Malakof y la Estrella Pequeña tenían el privilegio de atraer el principal esfuerzo; había momentos en que todos los morteros se concentraban sobre estos dos fuertes, á fin de hacerlos inhabitables, á fin de destruir hasta los abrigos blindados en que la guarnición se hallaba agazapada. Los efectos fueron terribles. En la Estrella Pequeña, durante esta jornada, la guarnición, compuesta de 600 hombres, tuvo 200 muertos ó mortalmente heridos. Al principio, la plaza contestó al fuego con energía, pero pronto tuvo que disminuir el fuego: las baterías de la Punta fueron las únicas que no cesaron de contestar: lo mismo hicieron las baterías del Norte; pero, en razón de su gran distancia, sus proyectiles eran poco peligrosos. Pasóse la noche para los rusos en reparar á toda costa sus brechas; por nuestra parte el cañoneo continuó, y no sin una precisión cruel, pues á intervalos los resplandores de los incendios guiaban á nuestros puntadores casi con tanta seguridad como la luz del día.

El día 6 se repitieron las mismas escenas lúgubres. Para mejor desconcertar al enemigo, el tiro disminuía en ciertos momentos al extremo de cesar: entonces los rusos, creyendo en un asalto inminente, hacían avanzar sus reservas; y cuando éstas se hallaban á tiro, las baterías aliadas renovaban su fuego acribillándolas de balas.

El 7 de septiembre era el aniversario de la batalla de la Moskowa: los sitiados esperaban aquel día un ataque, y su vigilancia redobló. Pero espanta lo que costó á los sitiados aquella resistencia desesperada: en las tres jornadas de bombardeo, los rusos tuvieron 7.500 bajas entre muertos y heridos (3). Malakof no podía reparar sus averías. La Estrella Pequeña ofrecía un espectáculo indescriptible: estaba llena de heridos que no era posible transportar á la ambulancia, á causa de la violencia del fuego: aquellos infelices yacían en medio de sus compañeros, á quienes esperaba sin duda igual suerte y que les contemplaban con esa insensibilidad pasiva que nace del exceso de sufrimiento. A la caída de la tarde los incendios, cada vez más numerosos, imprimieron á aquellas escenas de desolación una especie de grandioso horror. Cerca de las cinco, la fragata *Koverna*, acoderada en la rada y cargada de barriles de alcohol, se incendió de pronto: á las diez, detrás del bastión del Asta, aparecieron grandes llamas; era todo un barrio de la ciudad que ardía: á las once, en fin, cerca del muelle de *Grafaskaia*, dos embarcaciones cargadas de pólvora se incendiaron haciendo explosión. Esta pólvora estaba destinada á cargar las minas practicadas en Malakof; y en la confusión del momento nadie se acordó de reemplazarla en seguida. Aquellas llamaradas inmensas, ora lívidas, ora rojizas y como ensangrentadas, iluminaban con reflejos fantásticos el mar y las montañas, la ciudad y los campamentos. Al ter-

(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 191.